

CAPITULO XXXIII.

A CIEGAS

Al Gobierno se presentó desde ese momento el problema gravísimo de lo que debía hacer con los prisioneros. En el Gabinete había distintos criterios: unos Ministros opinaban que se fusilara a los reos sin conmiseración y otros creían que debía esperarse el fallo de los Tribunales y decidir entonces, en vista de las circunstancias, lo que se hacía. La misma familia Madero estaba dividida, don Gustavo opinaba por la energía, otros aconsejaban la magnanimidad. El Presidente, vaciló; al fin, se decidió al perdón.

El licenciado Ricardo del Río, nombrado defensor de don Félix Díaz, desde los primeros instantes, llamó en su auxilio al licenciado Rodolfo Reyes, al licenciado Fidencia Hernández y al licenciado Esteban Maqueo Castellanos. Todos empezaron a interponer recursos, con la mira de alargar el proceso. La Suprema Corte de Justicia de la Nación los ayudó en su obra, ordenando se suspendiera la ejecución de los reos mientras se tramitaba el amparo; y la Corte Militar les prestó ayuda más eficaz, ordenando se rindieran nuevas pruebas, durante la revisión del proceso.

Adoptado por el Gobierno el temperamento de sujetarse a los procedimientos legales, puede decirse que estaba salvada la vida de los reos; porque el tiempo necesario para rendir las pruebas solicitadas, haría que los

ánimos se enfriaran y seguro el indulto de todos los sentenciados.

Los amigos y defensores de don Félix Díaz, sin embargo, comenzaron a hacer manifestaciones en su favor; una de ellas, la más importante, sin duda alguna, fué la que hicieron las damas mexicanas, a solicitud de algunas señoras de Oaxaca, a quienes encabezó doña Matilde Castellanos, viuda de Maqueo. Las señoras acudieron al Presidente de la República, solicitando una entrevista, y en ella pidieron el indulto de don Félix Díaz. El señor Madero estuvo atento con ellas, pero nada ofreció, ni se comprometió a nada. Una de las señoritas, de las que iban en la manifestación, suscitó un incidente desagradable, porque encarándose con el Presidente de la República le dijo alguna impertinencia a la que el señor Madero no dió importancia.

Esa tarde, hubo otro incidente, y fué la manifestación de simpatía que los alumnos del Colegio Militar, hicieron a las señoras, cuando al retirarse de Chapultepec, concluida la entrevista con el señor Madero, atravesaron el patio del Colegio.

La "porra" no podía permanecer inactiva en aquellos momentos: a su vez organizó una manifestación callejera que pidiera al Presidente la inmediata ejecución de los reos. Esta manifestación fué recibida con demostraciones hostiles por los alumnos del Colegio Militar, motivando que se les hiciera un extrañamiento y se les advirtiera que les estaba vedado inmiscuirse en la política. El paso dado por "la porra" no podía ser más antipolítico, y fué interpretado como una crueldad. El público protestó indignado contra el procedimiento y los reos, desde ese día, contaron con nuevas simpatías. El sentimiento dominante, en la gente sensata, era que el

Gobierno tenía necesidad de ser inexorable, si quería mantener la disciplina en el ejército y su propia conservación; pero esto, que se pensaba y estaba en la conciencia de todos, desde el momento en que se traducía en hechos concretos de una agrupación poco simpática para la opinión, y que aparecía como tratando de imponerse al Presidente de la República, tomando la forma de una represalia política, mataba los sentimientos de justicia para hacer prevalecer únicamente los de piedad, que atropellaban los manifestantes.

La lenidad del Gobierno, o mejor dicho, su deseo de sujetar sus procedimientos estrictamente a la ley, dió alas a los conspiradores. Desde a mediados de Noviembre, pocos fueron los habitantes de la Capital de la República, que no tuvieran un puesto en el Gobierno, que no fueran conspiradores, o cuando menos, invitados para serlo.

El Ministro señor Hernández, continuaba otorgando su confianza al Mayor Celso Acosta, que era el lazo de unión entre los conspiradores y los revolucionarios de Veracruz.

El Coronel Gaudencio González de la Llave, que desde el mes de Septiembre se había sublevado contra el Gobierno, había organizado sus fuerzas, y de acuerdo con el Brigadier Higinio Aguilar, que también andaba pronunciado contra el Gobierno, controlaba parte del Estado de Puebla. Desde donde estaba había logrado ponerse en contacto con los revolucionarios que Tello había levantado en Zongolica y Alvarado y Aguirre Perea tenían en Tuxtepec, lo que le permitía tener una gran zona levantada y una salida fácil en caso de persecución activa.

Cuando estalló el movimiento del Brigadier Félix

Díaz en Veracruz el Coronel González de la Llave envió a su hijo (1) a conferenciar con el señor Díaz proponiéndole saliera de la ciudad con el mayor número de elementos de guerra que pudiera y fuera a reunirse con él, y formar así un núcleo importante, que convenientemente organizado, podría imponerse en todo el País. El plan del Coronel de la Llave era ocupar con las fuerzas sublevadas el camino de Veracruz, amagando a Puebla, donde contaba con partidarios de importancia, y una vez tomada Puebla, marchar sobre la Capital de la República que no podría defenderse, dado el número de los que la atacarían. Pero para todo ello era indispensable que los recursos que habían caído en poder de los revolucionarios en Veracruz no se perdieran, y en su concepto, y así lo dijo su enviado a don Félix Díaz, si éste se encerraba en Veracruz, era imposible conservarlos.

El Coronel González de la Llave también contaba con los amigos que tenía en la Costa de Sotavento del Estado de Veracruz, que irritados por lo que se había hecho al candidato popular en toda la región, estaban ansiosos de lanzarse a la lucha para derrocar al Gobierno del señor Madero, a quien personalmente culpaban de lo sucedido, en virtud de los telegramas de que he hablado antes, y que ya eran del dominio público en toda la Costa. Todos creían que si D. Félix Díaz acepta el plan propuesto por el Coronel González de la Llave, en pocos días habría habido una columna de más de diez mil hombres a la que no habrían podido resistir las guarniciones de Orizaba, Córdoba, Tehuacán y Puebla, y todas estas ciudades habrían caído en poder de los revolucionarios en menos de quince días. Pero la obsesión de don Félix Díaz

(1)—Muerto poco después en un combate con los zapatistas.

era absoluta: por ningún motivo quería salir de Veracruz, e invariablemente contestaba a los que le hacían insinuaciones en tal sentido, que para abandonar la plaza no valía la pena de haberla tomado. Fué imposible afortunadamente para el Gobierno, que sus amigos pudieran convencerlo de que la toma de Veracruz debía considerarse únicamente como un golpe para proporcionarse recursos, y que no tenía ningún objeto encerrarse en la plaza, para exponer a la ciudad a un bombardeo o caer, como cayó, haciendo inútiles todos los sacrificios hechos, y nulas todas las ventajas adquiridas.

Frustrado el golpe de Veracruz, los enemigos de Madero, resueltos a hacerlo caer, buscaron otra bandera; pero no la había. El General Reyes estaba preso, y su conducta entregándose en Linares, no era para grangearle adeptos, sin embargo, había un grupo de hombres que le eran leales, que seguían creyendo que don Bernardo Reyes era la única salvación posible para el País, y que a pesar de todos los fracasos, estaban dispuestos a arriesgar todo por él. Este grupo, encabezado por el doctor Samuel Espinoza de los Monteros, organizó una inteligencia con los demás enemigos del señor Madero, buscando en la alianza de todos ellos el triunfo.

Los partidarios de don Félix Díaz, quien estaba preso en la fortaleza de Ulúa, juzgaron peligroso se iniciara cualquier movimiento revolucionario, si los dos caudillos de la nueva revolución se encontraban en distintas poblaciones, porque al iniciarse el movimiento, cualquiera de los dos, el que no estuviera en el lugar de los acontecimientos, podía ser sacrificado inmediatamente. Comenzaron pues por trabajar para que fuera llevado a la Ciudad de México don Félix Díaz, y lo hicieron con tan buen éxito y tan hábilmente, que apareció que el Gobier-

no, y no los partidarios de don Félix Díaz, era quien deseaba el traslado del prisionero. Por precaución, sin embargo, no se les puso en la misma prisión, quedando don Félix Díaz en la Penitenciaría, y el General Reyes en la prisión militar de Santiago. El Gobierno estaba completamente ciego, y no vió en todo esto la maniobra de los revolucionarios, que sin embargo, era perfectamente clara.

El General don Manuel Mondragón, que había explotado bastante su influencia cerca del General Díaz durante la administración porfirista, contaba con bastantes amigos entre los oficiales de Artillería, por haber sido Jefe del Departamento, en el Ministerio de la Guerra, muchos años. El fué quien asumió la jefatura de los partidarios de don Félix Díaz.

Los reyistas por su parte, habían conseguido la colaboración del General don Gregorio Ruiz, jefe distinguido de Caballería, que había estado al frente del Departamento en el Ministerio de Guerra, y quien, como Diputado al Congreso de la Unión, gozaba de fuero constitucional; así creían que estaba a salvo de ser aprehendido en caso de una denuncia sobre la conspiración.

Para estar en relación constante con el General Reyes, sin despertar las sospechas del Gobierno, el contacto lo tenían por medio de la señora S....., quien haciéndose pasar por sobrina del General Reyes, había obtenido permiso para visitar a éste en su prisión, con la frecuencia que quería. La señora S..... se comunicaba con el General Ruiz y trasmitía a éste los acuerdos del General Reyes, por medio de las hijas del General Ruiz, a quienes encontraba generalmente en la Iglesia, aún cuando algunas veces, cuando la cosa urgía mucho, se veían en sus respectivas casas.

Existían además otros focos de conspiración en la misma Ciudad de México, siendo de importancia el que encabezaban los señores Alberto García Granados y Carlos G. de Cosío, en buena inteligencia con los revolucionarios del Norte, y el de los señores Vázquez Gómez en buena armonía con Zapata y los revolucionarios del Estado de México.

Bien pronto estuvieron de acuerdo los reyistas y felicitistas con el grupo que encabezaba el señor García Granados; pero no les fué posible ponerse en completa inteligencia con el señor Vázquez Gómez, que si bien simpatizaba con cualquier movimiento que derrumbara al señor Madero, no entendía que pudiera sustituirlo otra persona sino él. Pretextó que tenía que consultar con su hermano que estaba en Texas, para que prescindiera de los derechos que creía tener para ser la cabeza de la nueva revolución. Así, el doctor Vázquez Gómez alargaba las pláticas y no llegaba a comprometerse con nadie.

La mayor parte de los jefes del Ejército estaban profundamente disgustados. El Ministro García Peña, trataba mal a todo el mundo, y el Subsecretario General Plata, no tenía las simpatías de nadie. Los dos habían sido ascendidos a Generales de División, con perjuicio de muchos más antiguos y los dos estaban reputados en el Ejército, como carentes de espíritu militar.

El Presidente de la República, por su parte, no se daba cuenta de la situación, seguía soñando en que su popularidad era la misma que al triunfo de la revolución; y jalado de uno a otro lado por las grandes pasiones que agitaban a los que le rodeaban, su espíritu era cada día más vacilante; políticamente, más ciego.

Su hermano don Gustavo había comenzado a declinar en el ánimo del señor Madero, subiendo en el despresti-

gio popular, especialmente por la guerra que le hacían subrepticamente algunos ministros en la prensa.

Don Gustavo Madero era un hombre de buena inteligencia, aunque algo lento en su concepción. Esto es, no era un hombre que rápidamente concibiera y se penetrara de las ideas que se le exponían, necesitaba empaparse bien del hecho y del argumento, y en muchas ocasiones, era necesario desmenuzarlos para que alcanzara su exacta extensión; pero acababa por darse cuenta exacta de los asuntos, de los fenómenos sociales, estimando con certeza el alcance de unos y otros y sus consecuencias. Era confiado, pero no cándido: voluntarioso e imperante; pero con gran dominio sobre sus nervios que rara vez lo traicionaban: trabajador, audaz, y de **gran energía**. Era, en su trato, atractivo; pero en su fondo palpitaba cierto egoísmo, y tal vez una gran ambición, que a todo trance quería encubrir.

Era sagaz y previsor, pero impaciente, y esta impaciencia lo hacía aparecer a veces como impulsivo.

Desde el triunfo de la revolución, fué el blanco de todos los ataques, y como a su lado se agrupaban los impulsivos, los irreconciliables y los resueltos, se le juzgó el autor, o cuando menos el prohijador de todos los actos violentos que se ocurrían a los maderistas, y en los que él, en muchas ocasiones, no sólo no intervenía, sino que reprobaba. Poco a poco, merced a la prensa anti-gobiernista, que no siempre se atrevía a atacar al Presidente de la República, y se desquitaba atacando al hermano; y merced a la gobiernista que queriendo presentarlo con un gran poder, echaba sobre sus hombros la obra del Gobierno, se formó una reputación de monstruo, que estaba muy distante de merecer.

"El País" lo había atacado rudamente, había llega-

do a la injuria personal, y algún partidario de don Gustavo, tal vez más tonto que malo, quiso vengar la ofensa, que se le había hecho, agrediendo al Director del periódico, don Trinidad Sánchez Santos. El atentado dió motivo a nuevas injurias y a nuevos ataques, no contra los agresores, sino contra el señor Madero, que en honor de la verdad, era extraño a la agresión.

Ante las vociferaciones de sus enemigos que las hacían aparecer como el eco del clamor popular, ante la ola de desprestigio que envolvía a don Gustavo, hasta la misma familia llegó a convencerse que hacía gran daño al Gobierno, y se resolvió que saliera del País. Se le nombró Embajador Especial de México en el Japón; pero con la idea resuelta de que no regresara al País, sino pasados algunos años. Don Gustavo Madero, que era el único que veía claro en medio de la obscuridad en que estaban envueltos el Gobierno, y su familia, se sometió a la decisión tomada y comenzó a hacer sus preparativos de viaje, que mataba todas sus ambiciones políticas, pero que también mataba al Gobierno Constituido.

Una vez que se hizo público el viaje de don Gustavo Madero, se perdió todo miedo al Gobierno; se creía, tal vez sin razón, que don Gustavo era el único capaz de reprimir con mano firme cualquiera intentona de revolución; y siendo evidente que había un rompimiento, en el que se sacrificaba al Jefe del Partido Constitucional Progresista, era claro que éste no se echaría más odiosidades encima, por un Gobierno que tan mal le pagaba sus sacrificios.

La "porra," sin trabas de ninguna especie, no teniendo quien la contuviera en sus desmanes, iba a dar rienda suelta a las pasiones de los que formaban aquella entidad morbosa.

"La Nueva Era," periódico formado por don Gustavo Madero para defender al Gobierno, había cambiado de directores con bastante frecuencia: ninguno daba la medida que el Gobierno o don Gustavo, necesitaban; libre de sus compromisos, dió también rienda suelta a las intemperancias de lenguaje que era la nota saliente de los que formaban el Partido Constitucional Progresista. Hasta esos momentos los mismos afiliados, especialmente los de "la porra," habían juzgado débil a don Gustavo porque no permitía que sus amigos lo comprometieran imprudentemente e impedía con energía que se traspasaran ciertos límites en el ataque.

Don Gustavo Madero tenía bastante tacto político; a veces coartaba la libertad a sus partidarios, y en otras los estimulaba para hacerse temer por sus adversarios; pero siempre procurando controlar los ataques y refrenar los ímpetus de sus amigos. Quitado el freno, aquella prensa fué una máquina loca que contribuyó poderosamente al desprestigio del Gobierno, y eso, que aún no salía del País don Gustavo Madero.

Cuando el público advirtió que don Gustavo Madero no pesaba ya en el ánimo de su hermano, como al principio de la revolución; cuando se le juzgó caído en desgracia, la mala voluntad que se le había tenido, se convirtió en odiosidad y no hubo crimen que no se le imputara, ni fraude en el que no se le creyera mezclado. Su reputación de hombre audaz se convertía, por la inquina que se le había echado encima, en poco escrupuloso en los negocios, y su ambición política, en sed insaciable de honores y riquezas.

Para el público, palpitaba en él la idea de suceder a su hermano; y aún más, se creía que esa ambición personal reflejaba el anhelo de toda la familia que deseaba no

abandonar el Poder que había conquistado uno de los suyos. Y como en don Gustavo Madero podía cristalizar más fácilmente el pensamiento que se juzgaba dominaba a la familia, en torno suyo se agrupaban los partidarios más resueltos, y en él veía la opinión pública el mayor peligro.

La odiosidad para don Gustavo Madero era debida, no a su carácter, ni a sus actos, sino principalmente a las que se juzgaban sus futuras ambiciones; al deseo, oculto, probablemente, según su propio sentir, pero claro y evidente para los enemigos de la política maderista, de ser el segundo en la serie de gobernantes de la familia a que estaba condenado el País.

Se había luchado contra don Porfirio Díaz que se había entronizado en el Poder, no obstante que los progresos materiales de la Nación eran indudables; no podía consentirse que esa perpetuidad fuera el patrimonio de una familia cuyo primer ensayo era casi un desastre nacional. Esta era el arma que esgrimían los enemigos del Gobierno y así se explica el odio que se formó contra un hombre, que en realidad no tuvo poder, ni había ejercido cargo alguno que pudiera hacerlo odioso, y que procuraba servir a todos los que se le acercaban.

La historia de los científicos se repetía y don Gustavo Madero heredaba el papel odioso que el General Díaz había hecho representar a aquellos.

Los enemigos que tenía don Gustavo Madero, ante la resolución de alejarlo del País, tomaron nuevos bríos, y los ataques se recrudecieron, no sólo contra él, sino contra todos los que creían hechura suya. El señor Pino Suárez fué rudamente atacado, y como era hombre de pasiones, a su vez hizo atacar a sus enemigos. El principal de ellos, para él, era el licenciado Flores Magón, Minis-

tro de Gobernación, que jamás contó con las simpatías del Vicepresidente. La polémica entre ambos se hizo pública, llegó a los periódicos, y motivó que el señor Flores Magón saliera del Ministerio. El texto de la renuncia del Ministro, indica el estado de ánimo de los que estaban en el Gobierno.

Al señor Flores Magón lo sustituyó el licenciado don Rafael L. Hernández, Ministro de Fomento; al señor Hernández, el Ministro don Manuel Bonilla; y la Cartera de Comunicaciones fué dada al señor don Jaime Gurza, que era Subsecretario de Hacienda.

Don Gustavo Madero comenzó sus preparativos de viaje, y en ellos estaba cuando sobrevinieron los acontecimientos que dieron como resultado la caída del Gobierno. El, vió el peligro con perfecta claridad, pero fué el único, en el gobierno; todos los demás estaban ciegos.



CAPITULO XXXIV

LA PROSTITUCION DEL EJERCITO. (EL SEGUNDO CUARTELAZO.)

Para nadie era un misterio que la revolución estallarí en esos días. Todos sabían que se conspiraba, que los elementos militares que había en la plaza de México estaban minados, y que la caída del Gobierno estaba decretada. Las reuniones eran casi públicas y el lugar preferido para ellas, la dulcería "La Opera." (1)

El sábado ocho de Febrero, los oficiales de artillería, que eran los más comprometidos, había tenido la imprudencia de despedirse de sus familias, comunicándoles lo que iba a pasar; así es que, nada extraño fué que el Ministro de la Guerra, General don Angel García Peña, al medio día tuviera una relación fiel del complot, tramado por los ex-Generales Gregorio Ruiz y Manuel Mondragón. El subsecretario de Guerra, don Manuel M. Plata, también recibió aviso de lo que se tramaba y después de conferenciar ambos funcionarios, se conformaron con llamar al Comandante Militar de la Plaza, General don Lauro Villar, para ponerle al corriente de lo que se les avisaba.

Por su parte el Ministro de Gobernación, don Rafael

(1)—Situada a dos cuadras y media de la Plaza de la Constitución.

L. Hernández, recibió aviso del Jefe de los Rurales, y el mismo día ocho, la visita de un amigo (2) quien le refirió lo que todo el mundo sabía, esto es, que esa noche habría un levantamiento de las fuerzas de la guarnición de la ciudad, y que el complot llevaba por mira derrocar al Gobierno poniendo al frente de la Nación a los Generales Bernardo Reyes y Félix Díaz.

El señor Hernández dice que trasmitió la noticia al Presidente, quien con el optimismo que le era peculiar, se rió de ella. El Ministro por su parte, reprendió a su amigo por andar propalando noticias sensacionales. La verdad era que la historia de los complots contra el Gobierno se había repetido ya varias ocasiones y el señor Madero, y demás personas del Gobierno creyeron que en esa ocasión, como en las anteriores, no habría nada serio, y no dieron importancia a los avisos recibidos, no obstante que los jefes del servicio secreto, habían dado, en esta ocasión, señas indubitables y las noticias llevaban tal número de detalles, que las hacían perfectamente verosímiles.

El Presidente, como de costumbre, juzgó que el pueblo estaba aún con él y que con ese cariño tendría bastante, creyendo que nada podrían hacerle, y los Ministros se retiraron a sus respectivos domicilios con absoluta tranquilidad. Sólo el Vicepresidente don José María Pino Suárez tomó la precaución de no dormir en su casa, recogiénose en la de la señora madre política del licenciado don Domingo Barrios Gómez, amigo de su intimidad. Ello evitó que lo mataran esa madrugada.

Don Gustavo Madero, que asistía esa noche a un ban-

(2)—Don Leopoldo Martínez, quien me refirió los términos de la entrevista.

quete que se daba en honor del Ingeniero Reynoso, nombrado recientemente Subsecretario de Hacienda, supo, como a las once de la noche, lo que pasaba, e instantes después abandonó el lugar del banquete para inquirir personalmente la veracidad de los rumores que circulaban.

En un automóvil se trasladó violentamente a Tacubaya y llegó hasta el Cuartel de Artillería, de donde salió una escolta para aprehenderlo; pero los aprehensores no anduvieron listos, tuvieron que dividirse en dos grupos, por ser dos los automóviles que habían llegado, y sólo lograron detener a un agente de la Policía reservada, que había llevado consigo don Gustavo, y a quien había enviado a hablar con el oficial de guardia. Don Gustavo Madero, que era hombre sagaz, notó el movimiento de la tropa y comprendiendo que se le quería aprehender, se alejó rápidamente en el automóvil que lo había llevado a Tacubaya, escapando, por esta vez, al sacrificio a que estaba destinado.

El Teniente Vázquez, que fué quien aprehendió al agente de la policía reservada, lo condujo al interior del Cuartel y allí, interrogado, o mejor dicho, acosado por las amenazas que de fusilarlo le hicieron, confesó la comisión que se le había confiado y el objeto del viaje a Tacubaya, así como las personas que lo habían acompañado.

Don Gustavo Madero, cuando regresó a México, puso al tanto de lo que ocurría al Ministro de Gobernación, y al Inspector General de Policía, don Emiliano López Figueroa, quien con una ineptitud incomprensible, se limitó a hablar con el Comandante Militar y con el Ministro de la Guerra, por teléfono, y a enviar nuevos agentes que indagaran lo que don Gustavo Madero le había re-

ferido con perfecta claridad. (3) El oficial de guardia en el Cuartel de Tacubaya, al ser llamado al teléfono por el Mayor de Plaza, no sólo dió un informe tranquilizador, sino que obligó al Agente de Policía a que hablara con el Inspector General y lo tranquilizara completamente. Entretanto, en el Cuartel de Artillería se desarrollaban escenas graves. El Teniente Coronel Aguillón, que mandaba el Segundo Regimiento de Artillería, y que estaba comprometido gravemente en el complot, puesto que su Regimiento, la Escuela de Aspirantes, y el Primero de Caballería, eran el alma de la rebelión, titubeó cuando el Comandante Militar, General don Lauro Villar, había hablado a los jefes de las diversas corporaciones militares recordándoles sus deberes y ordenándoles un acuartelamiento de alarma; y al aproximarse la hora, se negaba a cumplir su compromiso, pretendiendo cuando menos aplazarlo. Fué preciso llamar al General Manuel Mondragón, que estaba escondido en la casa del Doctor Osorio, en la misma ciudad de Tacubaya y quien tenía un gran ascendiente sobre el Jefe del Segundo Regimiento de Artillería, para que lo convenciera. El General Gregorio Ruiz, personalmente fué a hablar al General Mondragón aún a riesgo de ser aprehendido, pues se le avisó que se había dictado orden de aprehensión contra todos los comprometidos y logró que Mondragón saliera de su escondite para hablar con Aguillón. El General Mondragón, ya entrada la noche, y con toda clase de precauciones, se trasladó al Cuartel de San Diego e instalado en la Comandancia del Segundo Regimiento de Artillería, esperó la llegada del Teniente Coronel Aguillón, quien,

(3)—El Inspector pasó toda la noche en el cabaret del Restaurant Sylvain.

en obediencia al mandato del Comandante Militar de la plaza, debía dormir en el Cuartel. Entre tanto, se dispuso que el teniente Francisco Hjar fuera a ordenar al jefe del destacamento de Cuajimalpa, que cuidaba la fábrica de pólvora de Santa Fé, se incorporara al Regimiento de Artillería que estaba en Tacubaya, con la fuerza que tenía a sus órdenes.

Don Gustavo Madero, después de dar aviso de lo que pasaba al Ministro de Gobernación y al Inspector General de Policía, se fué a su casa, pero dispuso que unos amigos regresaran a Tacubaya, queriendo cerciorarse de las medidas que se tomaban; pero antes de llegar el automóvil al Cuartel de San Diego, otro Agente, de la policía especial que él tenía, dió noticia de que un automóvil, tripulado por oficiales de Artillería se dirigía a Cuajimalpa, y suponiendo de lo que se trataba se emprendió la persecución del Teniente Hjar, sin lograr darle alcance.

Los conjurados fueron llegando al lugar de la cita, que era el Cuartel del Segundo de Artillería, en Tacubaya. Muchos de los comprometidos faltaron, pero entre los que se presentaron, estaba don Martín Gutiérrez, hijo del finado General don Alejandro Gutiérrez, en una época terror del Monte de las Cruces y más tarde jefe de la Brigada Auxiliar que cuidaba el camino del Ajusco. Gutiérrez llegó acompañado por varios hombres de confianza, conocedores del camino que conduce a la serranía del Ajusco, lugar por donde debían escapar los conjurados si fracasaban en su empresa, caso muy posible dado el hecho, indubitable para ellos, de que el Gobierno estaba enterado del complot.

El Capitán Armiño, de guardia en el Cuartel de Tacubaya, había sido llamado, como he dicho más arriba,

al teléfono por el Mayor de Plaza, General Villarreal, quien le preguntó qué objeto tenían unos automóviles que según decía el Inspector General de Policía, estaban frente al Cuartel. El oficial contestó que ya se habían retirado los vehículos, que habían llegado tripulados por gente de trueno y mujeres galantes y a quienes él en persona, había ordenado que se alejaran de los cuarteles.

Media hora después, llegó el Mayor Trías, segundo jefe del Regimiento de Artillería acuartelado en San Lázaro, manifestando que al presentarse en su Cuartel los señores Duhart y Ramón Díaz para comunicarle la orden de que esa noche se incorporara con sus hombres al movimiento, se habían encontrado con el Jefe del Regimiento, Teniente Coronel Gamboa, que no estaba en el complot y quien entró en sospechas, mandándolo llamar y exigiéndole explicara su conducta.

Trías se había salvado diciendo que no conocía a dichos señores y proponiendo a su jefe el arresto de los sospechosos: aún más, se ofreció para presentarlos personalmente en la Comandancia Militar. Al dirigirse el automóvil a la Comandancia, Duhart y Díaz accedieron a ser presentados y aún detenidos, para evitar que el complot fuera descubierto; pero en la Comandancia se les informó que el General Villar se encontraba enfermo en su casa, y había dado orden de que no se le molestase. Al salir Trías, Duhart y Díaz, en vez de volver al Cuartel de San Lázaro, se dirigieron a Tacubaya; el primero se quedó en San Diego y los otros dos fueron enviados a vigilar la casa de don Gregorio Ruiz, para evitar cualquiera sorpresa por parte de la policía.

En el Cuartel de San Diego, el General Mondragón y el Coronel Anaya, jefe del Primer Regimiento de Caballería, arreglaban los últimos detalles del cuartelazo, di-

rigiéndose a poco el Coronel Anaya a su cuartel, situado en la misma ciudad de Tacubaya. Una vez allí, mandó levantar la gente, que ensillaran la caballada, y quedaron listos para partir tan luego como llegase la fuerza que debía venir de Santa Fe.

Apenas había salido el Coronel Anaya de San Diego cuando se recibió aviso de que tres automóviles de la policía habían pasado de subida. El General Mondragón dispuso que se les detuviera a su regreso, y al efecto, varios oficiales y clases salieron a la calle, apostándose tras de los árboles. Pocos minutos después regresaba el primer vehículo, y al pasar cerca de la emboscada, el Teniente Coronel Aguillón y los oficiales, con las pistolas amartilladas, lo detuvieron, haciendo bajar a los tripulantes. Poco después se hacía lo mismo con los otros dos.

Los que venían en los autos eran de la policía y entre ellos iba uno de los jefes del Regimiento de la Gendarmería Montada. A todos se les intimó para que bajaran, y los tenientes Peña, Vázquez y Castillo los desarmaron introduciéndolos en el cuartel. Los policías se entregaron sin resistencia, quedando presos como quince; sus armas sirvieron para dotar a algunos individuos de los que habían llegado con Gutiérrez y que estaban desarmados.

Cerca de las tres de la mañana del domingo 9 de febrero, el Teniente Coronel Aguillón ordenó se levantara los soldados de su regimiento y los del quinto de artillería que se encontraban alojados en el mismo cuartel.

Los Jefes del 50. Regimiento, Teniente Coronel Catrino Cruz y Mayor Baldomero Hinojosa, no obstante los ofrecimientos que les hicieron y argumentos que les

fueron expuestos por los señores Mondragón y Aguillón, no quisieron entrar en el complot, concretándose a retirarse desde temprano a sus alojamientos, dentro del Cuartel, y a no oír ni ver lo que en él pasaba; pero toda la oficialidad del 50. Regimiento se había comprometido a tomar participación en el cuartelazo.

Dada la orden a la tropa, el señor Aguillón se encaminó a los alojamientos de los oficiales que no estaban de guardia y los despertó invitándolos a seguirlo: Todos aceptaron de buen grado.

Levantada la fuerza, el mismo Teniente Coronel Aguillón sacó una de las baterías que tenía apartada, mandó municionar la tropa de los regimientos; la reunió en el patio principal del cuartel, y en presencia del General Mondragón, de todos los oficiales y de los civiles que se habían unido a la conspiración, arengó a los presentes exponiéndoles el objeto que se proponía el levantamiento, y los grandes beneficios que, según él, resultarían a la Patria con la caída del Gobierno de Madero, que estaba sembrando la ruina y la desolación. La arenga del Teniente Coronel Aguillón, alentó a la tropa, prorrumpiendo los soldados en "Vivas al Ejército Nacional!" y a sus respectivos Regimientos.

Aquellos hombres incultos, movidos por la voz de su jefe, sin comprender la trascendencia del acto, ni el sacrificio que se les pedía, iban a afrontar con entusiasmo un peligro, sin medir la responsabilidad que ante la Patria contraían. Los jefes que a él los llevaban, sí sabían el acto que cometían, sí podían calcular todas las consecuencias y apreciar que ponían los cimientos para prostituir la institución.

CAPITULO XXXV.

"ALEA JACTA EST!"

El Capitán Romero López, del Regimiento de Ametralladoras, comprometido en el complot, había quedado encargado de levantar el regimiento y estar listo para unirse a la columna que de Tacubaya debía salir al mando de los Generales Ruiz y Mondragón, al recibir el primer aviso, pues juntos debían marchar a libertar a los Generales Bernardo Reyes y Félix Díaz, que se encontraban en la prisión militar y en la Penitenciaría, respectivamente; pero el señor Romero López, que desde la víspera estaba muy nervioso, no esperó el aviso, y a las cuatro de la mañana levantó la tropa de acuerdo con los oficiales, y se dirigió al Cuartel de la Calle de la Libertad, donde los oficiales ya habían levantado a sus soldados. En ninguno de los dos regimientos habían entrado en la combinación los Jefes, quienes se limitaron a no sentir el movimiento de sus subalternos.

Unidas las dos fuerzas, llevando dos cañones que sacaron del Cuartel de la Libertad, y catorce ametralladoras del Cuartel de San Cosme, se dirigieron a la prisión de Santiago, donde estaba el General Reyes, y en donde los esperaba ya el Mayor Zozaya, con el caballo del prisionero.

En la prisión militar no había sido posible contar

con el Jefe, Coronel Mayol, quien a las primeras indicaciones que se le hicieron, tomó tal actitud, que los encargados de hablarle desistieron de su propósito; pero los ayudantes de la prisión sí entraron en la revuelta, y de acuerdo con el comandante de la guardia, esperaron la llegada de los conjurados para dar el golpe. Frente a la prisión, la primera providencia que tomaron fué afocar un cañón a la puerta y el otro a la casa del Jefe Coronel Mayol. Hecho esto, el Capitán Romero López se dirigió a la prisión y a poco salió, acompañado del General Reyes, éste de uniforme y envuelto en un capote militar. Con él salieron varios de los oficiales presos, y como doscientos hombres de tropa, además de gran parte de la guardia, que formó desde este momento, con los rebeldes. (1) Acababa de salir el Gral. Reyes cuando se presentó en la plazuela, que queda frente a la prisión, la fuerza que había salido de Tacubaya. El General Mondragón indicó entonces la conveniencia de fusilar al Coronel Mayol, quien había sido hecho prisionero en su casa, por la fuerza que custodiaba la prisión; pero el General Reyes se opuso, y se le dejó vigilado, mientras se completaba el plan.

También se presentaron en aquellos momentos los paisanos que había organizado don Samuel Espinosa de los Monteros, y con ellos el licenciado don Rodolfo Reyes, el Notario Ramón Cosío González y algunas otras personas, unas a caballo, otras en automóviles y muchas a pie. Se organizó la columna al mando del General Re-

(1)—En la prisión se quedó un piquete de la guardia cuidando la entrada; pero los presos, cuando se retiraron de la plazuela de Santiago, los revolucionarios prendieron fuego al edificio y salieron casi todos los que se encontraban allí, reuniéndose unos cuantos a las fuerzas que se dirigieron a la Ciudadela.

yes, formando la vanguardia el escuadrón de la Escuela de Aspirantes que se había presentado poco antes, y se dirigieron todos a la Penitenciaría para libertar a don Félix Díaz.

Cuando la columna llegó a la Penitenciaría, ya clareaba el día. Se tomó la precaución de apuntar los cañones a las puertas del edificio y se envió una comisión que pidiera al Director de la Penitenciaría entregara a don Félix Díaz. El Jefe de la Prisión, don Octaviano Liceaga, no se había comprometido a nada; pero sus hijos sí, y habían ofrecido que se pondría en libertad al prisionero a la llegada de los pronunciados. Cuando llegaron las fuerzas, don Félix Díaz, que estaba advertido de lo que iba a pasar, pero no de la fecha, al avisarle el hijo del señor Liceaga que podía salir, pues sus amigos le esperaban, se rehusó, creyendo en el primer momento, que las instancias que se le hacían eran una estratagema para asesinarlo haciendo aparecer que intentaba una fuga, y exigió que alguien, que no fuera un muchacho, entrara a llamarlo.

El Director de la Penitenciaría se aprovechó de esta circunstancia para salvar su responsabilidad, y temeroso de que el motín abortara, comenzó a poner dificultades para la entrega del preso, dando aviso de lo que ocurría al Gobierno del Distrito, hasta que entraron los Generales Reyes y Mondragón. La presencia de estos Jefes convenció a la vez al Director de la Penitenciaría y al señor Díaz, quien abandonó su celda, incorporándose a la columna vestido de paisano.

En Santiago, como he dicho, se había incorporado el escuadrón de Aspirantes que desde la madrugada,

junto con los demás alumnos de la Escuela, y a las órdenes de los oficiales instructores, Escoto, García, Armíño (1) y Zurita, habían salido de Tlalpam.

Los infantes de la Escuela llegaron en un tren que se dirigía para Xochimilco y al que detuvieron en Hui-pulco, obligando al motorista a conducirlos a México. La caballería del Colegio avanzó al trote largo por la caizada. En un carro, que encontraron a la salida de Tlalpam, cargaron las dos ametralladoras que había en la Escuela para la Instrucción, llegando todos al Palacio Nacional poco antes de las cinco de la mañana.

Libres los dos jefes de la sublevación, en los momentos en que la columna se ponía en marcha, llegaron unos aspirantes a dar aviso de que el General Villar se había posesionado de nuevo del Palacio, sorprendiendo a la fuerza que había quedado allí ocupando el edificio. Se dispuso que el General Gregorio Ruiz, al frente del primer Regimiento de Caballería que mandaba el Coronel Anaya, se adelantara violentamente para evitar, si era posible, que el Palacio quedara definitivamente en favor del Gobierno.

Salieron el General Ruiz y el Coronel Anaya con la fuerza puesta a sus órdenes rumbo a Palacio; mientras, el General Reyes organizó el resto de la columna y ésta se puso en marcha. Al llegar a la calle de la Moneda se incorporaron a la columna otros aspirantes que habían podido salir de Palacio, al apoderarse del edificio el General Villar, y relataron confusamente lo sucedido.

El General Mondragón opinó que no debían seguir adelante, sino formar un plan de ataque. El General

(1)—No hay que confundir a este Capitán con el del mismo apellido que estaba de guardia en Tacubaya.

Reyes, que estaba sumamente nervioso, no quiso escuchar nada, juzgando que era perder el tiempo detenerse a discutir, pues con las fuerzas que llevaban no podían encontrar resistencia seria. Su hijo trató de convencerlo; pero él replicó: "si retrocedo en estos momentos van a llamarme cobarde como en Linares LA SUERTE ESTA ECHADA" y picando espuelas a su caballo arrojó el capote que llevaba puesto, y continuó la marcha, doblando por la esquina de la Moneda hacia Palacio. Al llegar al baluarte (2) el Corneta que estaba allí comenzó a tocar llamada de honor: El General Reyes al oír el toque, ya no tuvo la menor desconfianza, creyó seguro el éxito y avanzó seguido de don Martín Gutiérrez, del doctor Espinosa de los Monteros, del licenciado Emilio Pérez de León que a pie, y empuñando una carabina se le incorporó al doblar la esquina, del Capitán Cervantes y del ingeniero Enrique Fernández Castelló.

Los señores Félix Díaz y Mondragón se quedaron en la calle del Lic. Verdad (3) mandando el resto de la fuerza, que se consideró como la reserva. El General Reyes dió orden a los paisanos que venían en la columna, de que esperaran en la esquina de la Moneda hasta que él tomara posesión del Palacio; pero al ver que el Jefe entraba en la valla formada por las fuerzas de caballería, que mandaba el Coronel Anaya y las de infantería que estaban tendidas frente a Palacio, sin que se disparara un tiro y habiendo oído el clarín que hacía los

(2)—Con este nombre se conoce la parte saliente que tiene la fachada del Palacio en sus extremos Norte y Sur.

(3)—La calle del Lic. Verdad, antes Cerrada de la Moneda, es una calle corta que une las de Santa Teresa a la de la Moneda, desembocando frente al lugar que ocupa, en el Palacio, el Ministerio de la Guerra.

honoros al divisionario, fueron entrando poco a poco, reuniéndosele buena parte cuando llegaba a la puerta del centro.

La columna, a cuyo frente iba el General Reyes, llevaba a la vanguardia al escuadrón de la Escuela de Aspirantes, que atravesó todo el frente de Palacio, hasta llegar a la esquina Sur, sin que nadie lo molestara, como a cincuenta pasos iba el General Reyes, con las personas que he mencionado antes, y le seguían inmediatamente fuerzas de artillería al mandó del Capitán José Tapia, con cuatro cañones; a éstos seguían los soldados de los Regimientos de Artillería Segundo y Quinto, que iban a pie, y que no llegaron a entrar en la línea de fuego, por haberlo estorbado las paisanos, que como he dicho, por seguir de cerca al General Reyes, se introdujeron en la valla desorganizando la marcha y echándose, sin pensarlo, sobre la fuerza del veinte batallón que estaba tendida frente al Palacio, al Norte de la puerta del centro.

Los soldados, ex-presos sacados de la prisión militar y los que habían abandonado la guardia de la misma, unidos a los del Regimiento de ametralladoras, cerraban la columna.

El General Reyes avanzó como si se tratara de una formación en día de fiesta, sin tomar precaución de ninguna especie. El clarín que tocó llamada de honor al verlo, le hizo perder la cabeza, y su avance no era una suerte que jugaba, no era un rasgo de audacia que pudiera darle el triunfo, como a César se lo dió cuando pasó el Rubicón, fué un movimiento impulsivo, un verdadero rasgo de locura, que lo llevó a la muerte. (4)

(4)—Los detalles para escribir este capítulo, los obtuve por conversaciones directas con el señor doctor Espinosa y otras personas que intervinieron personalmente en los acontecimientos.